

Trabajo Social, disputas territoriales y movimientos sociales

Mauricio Vidal¹

Resumen:

En la configuración territorial es central el papel del Estado. En ese marco, en el territorio se manifiesta el control espacial, que a su vez contiene una visión de mundo y de sociedad. Asimismo, el barrio, el territorio, se constituye en el objeto de demandas colectivas, más aún: se instituye como espacio natural de la acción y organización social.

Palabras claves:

Trabajo Social; Dimensión Política; Sentido Común; Territorio; Movimientos Sociales

Abstract:

The role of the State is central to the territorial configuration. In this context, space control manifests itself in the territory, which in turn contains a vision of the world and of society. The district, the territory, is also the object of collective demands, and even more: it is established as a natural space for social action and organization.

Keywords:

Social work; Political Dimensión; Common Sense; Territory; Social Movements

Introducción

Si bien la relación capital-trabajo no es idéntica al surgimiento del capitalismo, lo esencial permanece inalterado y la estrategia de flexibilización sobre la regresión de derechos sociales es uno de los claros ejemplos para que el capitalismo pueda reorganizar su ciclo productivo preservando sus fundamentos iniciales.

Nada se discute sobre el hecho que la misma resulta constitutiva del capital, puesto que el capital no se trata de una simple relación, sino de un proceso histórico social que va mutando de acuerdo a como se va desarrollando su esencia, la que se encuentra orientada para la expansión y movida por la acumulación. (Mészáros, 2002).

En lo que vamos del siglo XXI hay una fase de consolidación del imperialismo. Harvey (2009) acordando con Lenin, parte de la premisa de que el imperialismo expresa la maduración y agudización de las contradicciones inherentes a la lógica de la sociedad capitalista, conformándose como una fase “superior” de ésta. Es decir, el imperialismo es un movimiento que expresa la tendencia “expansiva” del capital. Las contradicciones

¹ Lic en Trabajo Social por la Universidad Nacional del Comahue (UNCo-Fadecs); Magister en Trabajo Social por la FTS-UNLP. Docente e Investigador - “Integrante del Proyecto de Investigación Procesos de subjetivación política: subalternidad, antagonismo y autonomía en las clases subalternas del Alto Valle de Río Negro y Neuquén”- en la carrera de Trabajo Social de la UNCo. Integrante del Equipo de Trabajo de la Secretaría de Estado de Niñez Adolescencia y Familia (S.E.N.A.F.) Provincia de Río Negro, Programa Espacios Comunitarios de Organización Social (E.C.O.S.).
Correo electrónico: maurividal26@yahoo.com.ar

y las crisis que el sistema produce/enfrenta en su proceso de reproducción ampliada, históricamente han sido “evacuadas” o distendidas por medio de extensiones territoriales.

Estas expansiones -determinadas por el avance de la concentración y centralización del capital, al calor de la competencia intermonopolista- se basan en diversas unidades del gran capital “imponiéndose” sobre los poderes políticos de cada Estado, para que asuman “políticas imperialistas”. Las mismas se vuelven necesarias, insustituibles, para la “conquista” permanente de “nuevos espacios”, de mayores posesiones socio-territoriales.

Así, las conquistas de territorios, el control de los recursos naturales y humanos, de regiones y países enteros; la exclusividad en el control de ramas y sectores de negocios, entre muchos elementos, son la fuente permanente donde beben los capitales en busca de oxigenar sus crisis. Con el progreso de la acumulación, concentración y centralización del capital financiero, inevitablemente, se instalan una diversidad de disputas y conflictos entre diferentes Estados nacionales por el control de territorios más allá de sus fronteras.

Por ejemplo, en el Alto Valle de Río Negro, la contradicción capital-naturaleza es claramente funcional -y mucho más en la última década, a partir del incremento de las inversiones extranjeras en hidrocarburos- para aquellos grandes capitales móviles que una vez agotado un recurso se trasladan a otra actividad. La economía regional que históricamente se basó en la explotación frutícola, actualmente cede terreno al extractivismo urbano y del fracking. Continuamente las chacras son alquiladas, mientras avanza el paisaje extractivo, de la mano de las altas torres petroleras, las plataformas multipozos y los gasoductos, abriéndose paso entre las plantaciones de manzanas y peras desmontando el territorio.

Como contrapunto, esas expectativas desataron en la región un proceso de profundas transformaciones, impactando en el incremento generalizado de los valores del mercado inmobiliario. La presión sobre la demanda de tierras y la especulación inmobiliaria se traducen en aumentos significativos de los precios de las propiedades. Sobre esa situación me pregunto: ¿qué relación guardan con las transformaciones en las formas de acceso del espacio urbano y territorial?

Por un lado, las clases con mayores ingresos son demandantes de propiedades con destino a alquiler o reventa. Los sectores más empobrecidos de las clases subalternas, ante la exponencial valorización de la tierra y la precaria política estatal en el hábitat, se ven empujados a llevar a adelante “tomas de tierra”.

Esta dinámica me permite pensar que el conflicto de clases se amplía, ya no se enmarca exclusivamente en los límites de la fábrica, sino que además se manifiesta entre otras dimensiones, en las disputas territoriales. En esa dinámica los movimientos sociales como parte de la sociedad civil, tienen una virtud política, la cual se cristaliza en la presión que ejercen sobre el Estado con el marcado propósito de obtener respuestas concretas a sus demandas más apremiantes.

En esa línea, incorporo una relación analítica de la dimensión política de la práctica con los conceptos gramscianos, considerando que los escenarios actuales exigen, cada vez más, análisis del contexto que colaboren en nuestra reflexión crítica que problematice a qué intereses respondemos. Gramsci (2014) nos aporta herramientas teóricas en torno a la construcción de hegemonía y la función de los intelectuales, que al recrearlas y resignificarlas en estos tiempos contribuyen a la tarea de mostrar un

camino de mayor articulación y vínculo entre nuestra praxis ética política con un proyecto societario emancipador. Le prestó atención a la problematización del sentido común que opera como un elemento central de conservación de la situación de dominación. Un elemento que me interesa resaltar son las articulaciones del Trabajo Social con movimientos sociales en el marco del territorio concreto, resignificando la dimensión política de la práctica profesional.

La existencia de la “cuestión social” supone la presencia de conflictos sociales que pueden propiciar, más o menos explícita, la constitución de sujetos que enfrentan ese conjunto de desigualdades. Esa dinámica permite asociarla con las estrategias de lucha y resistencia de las clases subalternas en su proceso de auto-organización mediante los movimientos sociales.

Territorio y acumulación por desposesión

La acumulación primitiva no puede ser reducida a un acontecimiento histórico pasado, sino que se encuentra necesariamente presente en los sistemas capitalistas “maduros” como proceso inherente que, dada la naturaleza conflictiva de las relaciones capitalistas, asume un carácter continuo. Según esta hipótesis, una vez consumada la escisión originaria entre productores y medios de producción, aquella se perpetúa y reproduce a escala ampliada mediante “la silenciosa compulsión de las leyes económicas”.

Según una de las principales interpretaciones tradicionales, el concepto de acumulación primitiva de Marx remite al proceso histórico que dio nacimiento a las precondiciones del modo de producción capitalista. Estas precondiciones refieren fundamentalmente a la creación de un sector de la población sin otros medios de vida que su propia fuerza de trabajo para vender en el naciente mercado laboral, y a los fines de la acumulación de capital, en las nacientes industrias (Galafassi, 2012:25).

Se parte de la premisa que asistimos a la continuación de los procesos característicos de la llamada acumulación primitiva:

La llamada acumulación originaria no es, por consiguiente, otra cosa que el proceso histórico a través del cual los medios de producción se separan del productor. Y la llamamos originaria porque representa la prehistoria del capital y del modo de producción capitalista (...) En la historia de la acumulación originaria hacen época todas aquellas conmociones que sirven de palanca de los avances de la clase capitalista en gestación; pero, sobre todo, los momentos en que grandes masas humanas se ven separadas súbita y violentamente de sus medios de sustento y lanzadas al mercado de trabajo, convertidas en proletarios libres como los pájaros. Esta expropiación de los productores rurales, de los campesinos, a los que se les arrebató la tierra, fue lo que sirvió de base a todo el proceso. La historia de esta expropiación reviste

matices diversos en los diversos países y pasa por diferentes fases, en una secuencia distinta y en diferentes épocas históricas (...) ¿Qué es pues, lo que hay en el fondo de la acumulación originaria del capital, es decir de su génesis histórica? En aquello el que no entraña la transformación directa de los esclavos y los siervos en trabajadores asalariados, (...) la acumulación originaria significa sencillamente la expropiación del productor directo, es decir la disolución de la propiedad privada en el trabajo propio. La propiedad privada como lo contrario a la propiedad colectiva social, solo es allí donde los medios de trabajo y las condiciones externas del trabajo pertenecen a particulares (Marx, 2014: 638-637- 678).

Mientras tanto, el mercado se expande sin cesar por el mundo, hablándose incluso de nuevas formas de cercamiento, que implican la anulación creciente de los derechos básicos de los pueblos que aún no habían sido del todo integrados al capitalismo en proceso de mundialización. La idea básica del ajuste espacio-temporal que plantea Harvey (2009) con respecto a la sobreacumulación en un territorio, supone un excedente de trabajo -desocupación creciente- y de capital -expresado como una sobreabundancia de mercancías en el mercado que no pueden venderse sin pérdidas, como capacidad productiva inutilizada, y/o excedentes de capital que carecen de posibilidades de inversión productiva y rentable-. Esos excedentes pueden ser absorbidos por:

... (a) el desplazamiento temporal a través de las inversiones de capital en proyectos de largo plazo o gastos sociales (tales como educación e investigación), los cuales difieren hacia el futuro la entrada en circulación de los excedentes de capital actuales; (b) desplazamientos espaciales a través de la apertura de nuevos mercados, nuevas capacidades productivas y nuevas posibilidades de recursos y de trabajo en otros lugares; o (c) alguna combinación de (a) y (b)... (Harvey, 2009:165)

El “ajuste” espacio-temporal, es una metáfora de las soluciones a las crisis capitalistas a través del aplazamiento temporal y la expansión geográfica. La producción del espacio, la organización de nuevas divisiones territoriales de trabajo, la apertura de nuevos y más baratos complejos de recursos, de nuevos espacios dinámicos de acumulación de capital y de penetración de relaciones sociales y arreglos institucionales capitalistas -reglas contractuales y esquemas de propiedad privada- en formaciones sociales preexistentes, brindan diversos modos de absorber los excedentes de capital y trabajo existentes. Sin embargo, estas expansiones, reorganizaciones y reconstrucciones geográficas a menudo amenazan los valores fijados en un sitio que aún no han sido realizados.

Por otra parte, si el capital sobreacumulado no puede o no quiere moverse, permanece para ser directamente devaluado. Usualmente ofrezco el siguiente argumento resumido de este proceso: el capital, en su proceso de expansión geográfica y

desplazamiento temporal que resuelve las crisis de sobreacumulación a la que es proclive, crea necesariamente un paisaje físico a su propia imagen y semejanza en un momento, para destruirlo luego. Esta es la historia de la destrucción creativa (con todas sus consecuencias sociales y ambientales negativas) inscrita en la evolución del paisaje físico y social del capitalismo (Harvey, 2009: 164).

David Harvey (2009) argumenta que las prácticas depredadoras de acumulación originaria han persistido a lo largo de la geografía histórica de la acumulación de capital, se han actualizado y, particularmente en momentos de crisis de sobreacumulación, se aceleran jugando en el presente un rol aún más importante del que habían jugado en el pasado adoptando la forma de lo que él denomina “acumulación por desposesión”.

El autor apunta a nuevas maneras en que los “comunes” globales están siendo cercados tanto en el Sur global como en los países del Norte. Algunas de ellas son; a) la creación de derechos de propiedad intelectual -particularmente de material genético y semillas- que son utilizados contra las mismas poblaciones que desarrollaron los materiales; b) el agotamiento de los comunes medioambientales globales -tierra, aire y agua-; c) la mercantilización de bienes previamente públicos como las universidades, el agua y los servicios públicos; y d) el ataque contra derechos de propiedad común como las pensiones públicas, los servicios sociales, entre otros, los sistemas de salud pública, mediante procesos de desregulación y privatización. Otros mecanismos de “acumulación por desposesión” los componen los Programas de Ajuste Estructural o la creación de crisis de deuda en múltiples países. Todos estos procesos conforman, según Harvey, una nueva ola de “cercamiento de los comunes” que, como en el pasado, son forzados con la complicidad del Estado y en contra de la voluntad popular. La acumulación por desposesión es “omnipresente sin importar la etapa histórica y se acelera cuando ocurren crisis de sobreacumulación en la reproducción ampliada”. (Harvey, 2009:165)

Harvey se inspira en el pensamiento de Rosa Luxemburgo, quien mantiene que el capitalismo necesita de manera perpetua territorios “no capitalistas” para colonizarlos y vender sus productos en ellos. La acumulación originaria, no se extingue con el advenimiento del capitalismo industrial, tal y como postula Marx, sino que resurge a finales del siglo XIX con el reparto del mapa internacional por parte de los poderes capitalistas europeos. A diferencia de Lenin, Luxemburgo no ve el colonialismo sólo como el último estadio del capitalismo sino más bien como su condición necesaria. De no haber sido por las colonias, la acumulación de capital o reproducción extensa habría llegado a un punto muerto.

Configuración del Espacio y Territorio

Entiendo la configuración del territorio como el marco donde se llevan adelante las relaciones sociales. Es el resultado de la representación, construcción y apropiación que del mismo realizan las clases sociales, así como de las relaciones que lo impactan en esa relación dialéctica en la cual tanto el territorio como la sociedad se transforman históricamente. Esto es así puesto que la intervención del ser humano modifica la

relación sociedad-naturaleza. En ese sentido, el territorio es un espacio construido socialmente, es decir, histórica, económica, social, cultural y políticamente.

Su configuración se refiere especialmente a la forma en que están dispuestos y relacionados complejamente los elementos constitutivos del territorio, así como a la relación de éste con otros territorios en distintas escalas de consideración relacional.

El territorio cuenta con una base constituida por el espacio geográfico o por delimitaciones políticas ejercidas por el Estado, es el resultado de relaciones sociales y de relaciones entre procesos sociales y procesos naturales. Entre lógicas, dinámicas, fenómenos, hechos, con tiempos diferenciados y espacialidades particulares que hacen referencia al espacio en tanto extensión, forma, posición, distancia, dirección, movimiento, dinámica y cambio. Por lo tanto, es producto de múltiples relaciones que se desarrollan a “su interior” y con “su exterior”, desde donde se genera y determina su carácter unidiverso, su singularidad, sus regularidades, sus fijos y flujos, sus niveles y escalas.

Esa complejidad del territorio pasa a constituirse en un elemento activo que influye en la estructuración de la sociedad. Asimismo, se erige en un integrador e integrante de procesos y dinámicas sociales, con continuidades y discontinuidades, con fragmentaciones y recomposiciones.

La territorialidad es la relación, el dominio y la apropiación del territorio que afectan su representación, su organización y el ejercicio de poder que lo configuran. Esta dinámica de apropiación adquiere la forma que se expresa en la multidimensionalidad del territorio, de tal manera que puede ser una práctica que emana de múltiples e interrelacionados dispositivos: ciclos vitales de producción o de reproducción social, reivindicaciones y resistencias, expolio o despojo, mitos que recuperan el origen ligado a la tierra y al territorio, sacralización por medio de ritos, festividades, costumbres y tradiciones, reconocimiento de mojones, así como formulaciones y estrategias políticas cuando representan intereses y proyectos diferenciados, contradictorios y/o antagónicos en torno al territorio como totalidad.

El territorio es el espacio que una sociedad reivindica como el lugar donde sus miembros han encontrado permanentemente las condiciones y los medios materiales de existencia y lo que reivindican al apropiarse de un territorio es el acceso, el control y el uso, tanto respecto a las realidades visibles como a las potencias invisibles que lo componen, entre las que parece estar repartido el dominio de las condiciones de su reproducción y de los recursos de que dependen.

El territorio, entonces es resultado de un proceso de territorialización que implica un dominio -económico y político, territorio estrictamente funcional- y una apropiación -simbólica y cultural, lo territorial significativo- de los espacios, por los grupos humanos. Es un espacio apropiado basado en el ejercicio de poder y a partir del desarrollo de una estrategia determinada para controlarlo. Asimismo, es resultado de luchas por su soberanía, a veces como “simples” resistencias y otras como discursos y prácticas autónomas, como suele suceder en la actualidad con experiencias de luchas impulsadas por los movimientos sociales, que vinculan, por ejemplo, el derecho a la ciudad con lo ambiental, lo económico, lo social y lo político.

Con respecto a la dimensión económica del territorio, se apunta a las características, dinámicas y procesos económicos -en distintas escalas de relación- que actúan como determinantes o estructuradores territoriales. Estos procesos y dinámicas encuentran

su base no solamente en las condiciones geográficas del territorio, sino en el modo de producción.

Se manifiesta de esta manera porque, si bien el territorio es un núcleo central en las disputas entre clases, también es un escenario de producción, intercambio, distribución y consumo en el contexto de una formación social concreta cuya configuración económica responde y se apoya en un sistema de producción capitalista, que lo determina, en última instancia, en tanto objeto de transformación y apropiación. Una categoría útil para su entendimiento es la del modelo económico que permite adentrarse en las formas y estructura de la propiedad privada y estatal, sobre los medios de producción, las formas de tenencia o usufructo, la seguridad jurídica sobre la tierra y demás medios de producción, el control y uso del territorio, la orientación de la producción, la distribución de la riqueza producida, la dependencia al mercado internacional. Históricamente, las características que han delineado el modo de producción dominante y el modelo económico en cada una de sus etapas de desarrollo han generado transformaciones en los territorios regionales y locales.

Siguiendo a David Harvey (1998), cuando los territorios son secundarios o marginales en el entramado del desarrollo capitalista, funcionan como compensadores en tiempo de crisis. Al darse problemas de sobreacumulación capitalista en los principales centros económicos, algunos territorios funcionan como receptores de sus excedentes disponibles, dada la carencia de oferta que mantienen. Un ejemplo de ello lo que sucede en el Alto Valle de Río Negro y Neuquén, donde se observan territorios exportando capital financiero -préstamos que se traducen en inversiones en infraestructura, por ejemplo, y, por consiguiente, deudas que garantizan retornos posteriores-, desarrollando formas de acumulación, como reproducción ampliada -el caso de la fruticultura- y formas de acumulación por desposesión -desde el endeudamiento, la privatización de activos públicos, el despojo, el expolio de los bienes comunes, la apropiación de fuentes de agua y el fracking.

Desde la economía política, Harvey (1998) plantea que, cuanto menos importantes son las barreras espaciales, mayor es la sensibilidad del capital a las variaciones del lugar dentro del espacio y mayor el incentivo para que los lugares se diferencien a fin de hacerse atractivos para el capital (Harvey, 1998: 327).

En el mismo sentido, afirma que la acumulación proporciona a los capitalistas la capacidad de expansión y las opciones siempre son expandirse "in situ" o instalar una sucursal en otra parte. Otro elemento es la competencia acrecentada en condiciones de crisis ha obligado a los capitalistas a prestar más atención a las ventajas relativas de la localización, precisamente porque disminuir las barreras espaciales permite que los capitalistas exploten las menores diferenciaciones espaciales con buenos resultados. Así, las pequeñas diferencias en aquello que el espacio contiene bajo la forma de abastecimientos, recursos, infraestructuras y cuestiones semejantes han adquirido una mayor significación.

En ese marco, un territorio tendrá potencialidades y posibilidades, dependiendo del carácter de su inserción en las relaciones capitalistas que se despliegan en el mercado nacional y global. Y es que el territorio puede representar un lugar marginal o un lugar privilegiado, una ubicación central o periférica, espacio de la centralidad o de la marginalidad en el proceso de producción e intercambio.

Al hablar de la dimensión política, me refiero al ejercicio de poder que se traduce en constantes y complejos procesos y dinámicas de lucha por la posesión y control del

territorio que, a su vez, se convierten en apropiaciones, construcciones y transformaciones territoriales. Alude a un escenario de relaciones de dominio y ejercicio de poder que se constituye para pensar y proyectar al territorio en función de determinados intereses, lo que define su evolución o transformación en cuanto a construcción social.

La dimensión política sobrepasa la perspectiva clásica desde la cual se considera al territorio como la base física sobre la cual se asienta el Estado, el entorno físico y la relación jurídica del Estado con éste. La política representa el ámbito de organización del poder, el espacio y tiempo donde se acuerdan las decisiones que tienen proyección social, es decir, donde se define cómo se distribuyen los bienes de una sociedad -qué le toca a cada quien, cómo y cuándo-; decisiones que generalmente proceden de los poderes globales, transnacionales, nacionales y locales.

En general, este proceso histórico de ejercicio de poder llega a determinar las características que actualmente tiene la configuración política territorial impuesta. Pero, en esencia, confirma al territorio como un objeto y un espacio de poder, de dominio, ejercido por intereses y actores históricamente dominantes que en la actualidad están representados por capitales transnacionales, locales y del Estado como configuradores de primer orden, pero donde también emergen otros que lo disputan, como los movimientos sociales y comunidades con limitaciones y obstáculos, pero que también ejercen poder sobre el territorio.

Mención especial adquiere en la actualidad el poder ejercido por redes locales y nacionales del narcotráfico, que desde sus articulaciones y recursos de poder tienen la capacidad de configurar ámbitos de una “governabilidad territorial”, emparentada con la apropiación de tierras, rutas comerciales, áreas de compra-venta y consumo de drogas, influencia en instituciones públicas, etcétera. Así, disputan con la gobernabilidad del Estado y configuran políticamente el territorio, inclusive mediante el control de los cuerpos y vidas humanas.

Esta situación emerge por la hegemonía del capital financiero en el proceso llamado “globalización” o mundialización del capitalismo, que en su etapa actual ha traído consigo nuevas regionalizaciones como consecuencia de ocupaciones territoriales, de creación de nuevos bloques políticos y repartos capitalistas.

A su vez, ha generado que la soberanía sobre el territorio nacional -y por consiguiente los territorios al interior de los Estados Nacionales- sea una realidad cada vez más difusa, ya que las dinámicas del capitalismo financiero están obligando a que los Estados cedan -legalmente o de facto- facultades que hacen de sus territorios espacios compartidos, determinados por poderes regionales o globales. Un claro ejemplo es el caso del acuerdo llevado adelante entre el Estado Argentino y la multinacional Chevron, que incluía cláusulas secretas al momento de ser aprobada por la Legislatura Neuquina.

Así, se entiende que quienes poseen en propiedad una parte importante o estratégica sobre la tierra, generalmente ejercen poder en las relaciones sociales, económicas y políticas sobre el territorio.

Territorio y Espacio Urbano

Toda ciudad constituye, en sí misma, una proyección de imaginarios sociales sobre el espacio. Las formas tienen una gran carga simbólica -tales como el centro y la periferia, lo alto lo bajo, lo seco y frondoso, y todos aquellos trazos que delimitan un lugar

determinado para habitar- las experiencias y la vida cotidiana están fuertemente influenciadas por la ubicación urbana y constituyen las percepciones y expectativas en relación al llamado imaginario social.

El espacio es el resultado de un conjunto de dispositivos y disposiciones sociales que, a partir de la concurrencia interdependiente de las relaciones de fuerza desplegadas en torno al control y las posesiones de bienes comunes, configura identidades y campos de comportamientos posibles. Estas fuerzas contienen una particularidad histórica y configuran espacio en formas también específicas de distribución y jerarquización de los elementos y sujetos dispuestos en él. El espacio no es pensado como algo neutral, sino como algo esencialmente político y económico y un terreno predilecto para analizar las relaciones de poder, sus concretas formas de dominación y resistencias.

De este modo, el espacio es tanto un producto de conjunto de relaciones, como un recurso organizativo de las mismas. Esas relaciones que se articulan, interactúan, significando y estratificando al espacio territorial. Según (Ciuffoni, 2011) se organizan a partir de lógicas que contienen; a) La político- institucional que involucra al menos dos tipos de relaciones: la relación entre dominación y regulación y la relación entre integración y represión; en la dinámica de la conformación de la ciudad existen distintas determinaciones que entran en juego cuando emerge el conflicto, tales como: las tendencias a la acumulación por desposesión y a la monopolización privada del espacio urbano; b) la económica-social dispuesta a partir de la producción y reproducción de las relaciones sociales capitalistas y el consumo; el proceso de mercantilización del espacio en la lógica economía política es el mecanismo a través del cual se administra y promueve la reproducción de las relaciones sociales capitalista en la conformación de la ciudad. Ahora bien, esa reproducción se realiza en una doble dimensión: por un lado, en el imaginario social y, por otro, en el territorio concreto. En las ciudades se expresa con total claridad en las localizaciones y signos de las clases sociales, incluso sus marcas y mudanzas en el tiempo quedan registradas, y c) las lógicas que surgen de la resistencia y su potencial para desafiar y subvertir el poder dominante. En las luchas por el derecho a la ciudad, impulsadas por las clases subalternas, cobran relevancia los movimientos sociales que impulsan la toma de tierras.

En definitiva, el espacio concreto hace referencia al territorio urbano: su trazado, diseño, infraestructura y los aspectos semiológicos que lo realizan como un espacio construido, cargados de cualidades, de relaciones de sentidos, es decir de significaciones que hablan de poder, prestigio y situación social.

La configuración espacial muestra la dinámica del capital en el uso y valorización de espacios y poblaciones y en el modo en el que el mercado define zonas de buena calidad y otras que son consideradas como “deterioradas”, de bajo valor. En consecuencia, las condiciones de habitabilidad urbana agudizan la diferenciación socioespacial existente que avanza sobre las clases subalternas hacia un proceso de aislamiento, de fragmentación y exclusión, vulnerando el derecho a la ciudad.

Estos procesos de segmentación consecuentemente encaminan hacia una ciudad dual: por un lado la productora, propietaria, que consume y trabaja, y por otro, la de “los asistidos”, “los ilegales”, las y los trabajadores precarizados y “consumidores intermitentes”.

El capitalismo descansa como nos explicaba Marx (2014), sobre la búsqueda perpetua de plusvalor (beneficio), cuyo logro exige a los capitalistas producir un excedente, lo que significa que el capitalismo produce continuamente el excedente requerido para la

urbanización: pero también se cumple una relación a la inversa: el capitalismo necesita la urbanización para absorber el subproducto que genera continuamente. De ahí surge una conexión íntima entre el desarrollo del capitalismo y el proceso de urbanización. No puede sorprendernos, por tanto, que la curva logística del crecimiento con el tiempo del producto capitalista sea prácticamente idéntica a la de la urbanización de la población mundial (Harvey, 1998).

Movimientos sociales y territorialidad

La nueva configuración de las clases subalternas se estructuró a partir de movimientos sociales que tensionaron al Estado para ser incluidos en las políticas sociales. A mediados de la década del noventa, y pese al esfuerzo del partido justicialista por encapsular la acción política en los barrios, esta dinámica territorial estará en el origen de un nuevo “ethos militante”, siendo protagonistas las incipientes organizaciones de desocupados y desocupadas (Svampa, 2005). A su vez esa territorialización de la asistencia social y la participación, permitió una combinación del clientelismo político y la acción colectiva de los movimientos sociales.

Merklen (2010) sostiene que los asentamientos expresan la emergencia de una nueva configuración social que pone de manifiesto los procesos de inscripción territorial. En esos espacios prefigurados inestablemente por el empleo y las instituciones, un marco relacional estructurado sobre la base del territorio y del ámbito local constituye a menudo el sostén básico de las y los vecinos de estos cambios se traduce en transformaciones en las identidades de los sectores populares. “El barrio constituye así la base principal de la estabilización de la experiencia (...) esta inscripción territorial les permite plantar sus pies en la tierra y hacerse, mal que bien, de un lugar en el mundo. Es ella además la que, en gran medida, permite afrontar de manera colectiva los problemas engendrados por la precarización de la vida.” (Merklen, 2010: 67).

Los ejes de la participación y la territorialización, fueron dos procesos que se reforzaron mutuamente. La articulación con las clases subalternas demandaba su participación, lo que derivó en la constitución de una nueva relación política entre estos sectores y el Estado. En la redefinición de las políticas sociales, demandaban participación y autoorganización, “los hace entrar (...) en relación directa con las modalidades de la movilización colectiva” (Merklen, 2010: 68).

El barrio se convirtió en el espacio “natural” para su desarrollo, pues la descentralización y focalización de las políticas sociales condujo a la territorialización del acceso a la asistencia social. La misma convierte al barrio también en una red para la obtención de recursos que no pueden ser obtenidos de fuentes de trabajo formal. Es allí donde se organizan las redes de distribución de los bienes y servicios provenientes de instituciones públicas y también es allí donde crecen otras redes de supervivencia.

A mediados de los noventa, a partir de las primeras puebladas que se realizaron en las provincias de Neuquén, Salta y luego en el conurbano, se consolida como herramienta de acción colectiva el “piquete”, que nace como elemento de interrupción de los flujos de circulación por aquellos que están excluidos del proceso de producción.

Constituye fundamentalmente un nuevo espacio público alrededor del cual emergen relaciones sociales, se come en la olla popular, se delibera y toman decisiones en la asamblea, se organiza la seguridad, se promueven formas de comunicación y se lucha por reivindicaciones concretas. El piquete condensa todo un trabajo territorial que se

desarrolla en los barrios y se expresa como un espacio público desde donde los sectores populares aparecen, se vuelven visibles e interpelan al Estado.

Es a partir de esas transformaciones en el mundo de trabajo que el conflicto se amplía, con más intensidad y relevancia que en otras épocas, al territorio. Lo que caracteriza a este proceso es una territorialización de la protesta, es decir, el eje de la confrontación excede el espacio del trabajo productivo y coexiste en los lugares y espacios de vida cotidianos “extra-productivos”.

Las organizaciones sociales con arraigo territorial contienen una dimensión subjetiva de reconstrucción de relaciones sociales comunitarias de las clases subalternas, que tienden a la recomposición de los vínculos sociales. Otorgan espacios permanentes de socialización desde donde puede establecerse un nuevo patrón de acumulación del espacio, por fuera de la racionalidad dominante. “La potencialidad de estas nuevas formas de organización y de acción colectiva de las clases subalternas radica en la posibilidad de fundar un nuevo espacio anclado en relaciones sociales autónomas” (Stratta, 2009:75).

Acuerdo en que la importancia de las construcciones territoriales autónomas no radica en la mínima posibilidad de disputarle espacios al mercado o constituirse en una competencia frente al despliegue del capital; su enorme potencia radica en vincular lo social con lo político. Las prácticas prefigurativas plasman esa capacidad al transformar las luchas reivindicativas en políticas. Sin embargo, esa potencialidad muchas veces se ve truncada por la dificultad por parte de los movimientos autónomos de exceder los límites territoriales que las contienen. La dificultad de articular junto con otras expresiones en el marco de un espacio político por fuera del propio territorio, es el límite que deben resolver para construir un proyecto político emancipatorio (Strata, 2009).

La dinámica del Estado y movimientos sociales territoriales durante el gobierno Kirchnerista

Luego de la crisis del 2001, la recomposición del Estado como actor político es, indudablemente, una de las características del período. En relación a los movimientos sociales, un sector importante de organizaciones pasaron a formar parte de la institucionalidad Estatal. Este es uno de los aspectos novedosos de los movimientos sociales, la designación de cuadros provenientes de las organizaciones sociales que se habían formado bajo las protestas y que, ahora, ocupan cargos de gestión. Esta situación inédita, caracterizada como una forma de “militar el Estado”, produjo una división al interior del campo movilizado –entre los movimientos de desocupados y desocupadas, pero también de derechos humanos, por ejemplo- y afectó la dinámica de la movilización social que no se agotó en la protesta, sino que incorporó acciones de respaldo al oficialismo motorizadas por las organizaciones afines.

La asunción de Kirchner buscó establecer una estabilidad política apelando a la propuesta de un país normal y un “capitalismo serio”. No es de extrañar que, frente a la escasa legitimidad con la que asumió al poder, se encaminara a articular aspectos de las demandas de los movimientos sociales con su modelo neodesarrollista para construir hegemonía. Ese nuevo escenario permitió, simultáneamente, el abanico de estrategias disponibles para integrar, cooptar, disciplinar y/o atomizar al movimiento piquetero, discriminando entre las corrientes afines y las opositoras.

En este sentido, los planteos de la autora María Maneiro (2012), quien en su investigación acerca de las relaciones entre Estado, gobiernos y movimientos de trabajadores y trabajadoras desocupadas aportó a complejizar el panorama. Su perspectiva, que combina la profundidad analítica para dar cuenta de los procesos que atraviesan a los movimientos, con la observación de las reformulaciones institucionales, permite apreciar los grises que priman en la relación entre ambos. Este enfoque complejiza algunos procesos propios de estas relaciones como el asistencialismo, la desmovilización y las ambiciones radicales de transformación.

Los cambios ocurridos en la estructura institucional, generaron cambios en las políticas públicas y en la modalidad de gestión y la forma de procesar conflictos y consensos en un escenario con actores en tensión. Los movimientos de desocupados y desocupadas con capacidad de organización, articulación y canalización de las demandas de la sociedad civil movilizadas, adquirieron un rol que redefinió las mediaciones entre el Estado y la sociedad civil al involucrar un nuevo canal de vinculación entre ambos. A su vez, repercutió en la forma en que el Estado se desplegó territorialmente, poniendo en tensión las clásicas formas de intervención social.

La disputa territorial se dio con los “actores tradicionales” –punteros partidarios-, sus lógicas y estilos de gestión del aparato estatal. Estas nuevas condiciones significaron, tanto para los Movimientos de Trabajadores y Trabajadoras Desocupadas (MTD) como para el Estado, la necesidad de desarrollar nuevas capacidades de gestión que superaban sus experiencias previas. La forma en que las organizaciones incorporaron a sus prácticas la implementación de las políticas sociales, permitió que emergieran dispositivos de gestión con características particulares y diferentes, en algunos casos, a lo que la normativa de los partidos tradicionales construía en el territorio, atravesados por la crisis de representación que se acontecía a nivel nacional, permitiendo la reconstrucción del Estado nacional a través de este tipo de dispositivo.

Un proceso que comenzó en las poscrisis del 2001, adquiere una tonalidad divergente a partir de la interrelación de búsquedas diferenciales por parte de los sujetos asimétricamente involucrados: Por un lado, se pretende reconocimiento por parte de los movimientos y, por otro, se intenta construir una base social y hegemonía por parte del gobierno. Deben considerarse las particularidades y límites del proceso en el sentido que dan la pauta de las divergencias entre los criterios buscados y los resultados realmente alcanzados. De esta manera, ni la inclusión gubernamental de un grupo de referentes de los movimientos fue aprobada completamente por los sectores más tradicionales de la fracción gobernante, ni los movimientos que no participaron de esta inclusión fueron desmovilizados; con mayores dificultades y en marcos de mayor aislamiento mantuvieron su presencia en las calles. Hacia mediados de 2003, es decir apenas comenzó el gobierno, el presidente Kirchner favoreció encuentros con diversos colectivos sociales y en ese contexto, con la mayoría de las agrupaciones de trabajadores y trabajadoras desocupadas, intentando establecer una relación directa con ellas.

Desde la gestión presidencial se veía como prioritaria la construcción territorial social y política. Los análisis de la coyuntura más esperanzados respecto al nuevo gobierno surgieron de las organizaciones ligadas a la tradición nacional-popular inscripta en la memoria peronista. Estos serán, a lo largo de los años subsiguientes, los nuevos intermediarios entre las barriadas y el gobierno. No obstante, luego de un tiempo, ha quedado claro que dichos mediadores no han sustituido a los tradicionales referentes estatales-partidarios, sino que se ha establecido una red dual cuyas características solo

podemos comenzar a entrever, pero que sin duda complejiza ese escenario (Maneiro, 2012) También existía un conjunto de movimientos que concibió al nuevo gobierno de manera radicalmente distinta, es decir, aquellos que no encuentran esta apertura y este dialogo, o si lo observan lo leyeron como una táctica de cooptación. Entre ellos, el Frente Popular Darío Santillán, el Movimiento Teresa Rodríguez Coordinadora de Unidad Barrial, el Polo Obrero, la Corriente Clasista y Combativa, La Dignidad y el Frente de Organizaciones en Lucha.

Las estrategias serán diferentes para las fracciones cuyos referentes se van integrando al gobierno de aquellas que mantienen una acción beligerante. Los primeros nos llevaran a mostrar cómo se ha corrido la disputa, esta no va esta tan claramente en las calles, sino que se va a plasmar en reyertas entre fracciones incluidas en el seno del gobierno; por el contrario, los otros grupos va a continuar con una actitud de movilización constante y, en ese sentido las evidencias de su acción van a tener un correlato en las acciones de protesta (Maneiro, 2012).

La autora incluye en su análisis la estrategia de control y/o neutralización de las movilizaciones en los grandes centros urbanos. Se refiere a tres aspectos centrales para hacer inteligible la primacía de la Provincia de Buenos Aires sobre el país en su conjunto: a) el primer elemento remite a la mutación de la disputa, desde lucha callejera hacia la lucha dentro del Estado; b) otro elemento tiene relación con la profundización del proceso de centralización de los ejes de decisión respecto de los planes de empleo y la política social en general; y c), por último, la diferencial respuesta estatal en el interior del país con respecto a Buenos Aires también desmovilizó a los movimientos.

Las nuevas relaciones de mediación propiciadas por el gobierno reflejaban una forma de intervenir para fortalecer las instituciones políticas. Desde el gobierno se evadió la negociación con movimientos que continuaban en las calles, mostrando que con esta gestión el movimiento que no bloquea es el que negocia más y mejores recursos. La dependencia del acceso a los recursos, muchas veces provistos por el Estado, se fue tornando, en el mediano plazo, un elemento paradójico. Para algunos se volvió un elemento disciplinador, ya que la distribución selectiva de los mismos se tornó un elemento no “despreciable”, aunque pocas veces reconocido de disminución de las protestas (Maneiro, 2012).

En relación a quienes se movilizaban, la estrategia del gobierno asumió dos direcciones: por una parte, se propuso dejar actuar a los movimientos en el ámbito metropolitano. Según sus propios dichos, evitar la represión directa provocaría que los movimientos que continúen movilizados -“piqueteros y piqueteras ideológicas duras”- se desgasten por sí mismos y se aíslen por el peso de las críticas que el resto de la sociedad les dirige, mientras que, por otra parte, para los movimientos que colaboran y son parte de su proyecto se propiciarían estrategias para emplear a sus referentes para participar del aparato institucional y del gobierno (Maneiro, 2012).

La nueva relación de la gestión nacional con los movimientos sociales -también hubo apertura para organizaciones de derechos humanos, de géneros, de comunicación popular y otros colectivos de la sociedad civil- supone una forma particular -más o menos transitoria- de gestionar políticamente la crisis de legitimidad del Estado en sus formas de intervención social, en un contexto de crisis generalizada. Esta forma de gestión de la crisis apareció en la coyuntura de la poscrisis como una estrategia de construcción de hegemonía de una gestión presidencial con débil territorialidad. En este contexto, las disputas entre los clásicos referentes políticos estatales y los y las

referentes de los movimientos de trabajadores y trabajadoras desocupadas, ligados y escindidos del poder ejecutivo, mostraban un escalón sustancialmente diferente.

Sería miope (...) hablar de competencia pues, logrados en los hechos o no, los objetivos de los referentes de los movimientos se presentan (o se presentaban) como muy diferentes. Para algunos autores los punteros son el reemplazo degradado de la burocracia sindical, los referentes de los movimientos de trabajadores se pretenden como los colaboradores de un proceso de transformación social, en muchos casos anticapitalista. Más allá de estas dicotomías, los grises son lo que priman cuando uno estudia las redes barriales (Maneiro, 2012: 276).

Los distintos niveles de gobierno -nacional, provincial, municipal-, diseñaron estrategias de reapropiación de lo territorial que incidirían en las relaciones sociales de los barrios populares; en ese escenario se establecieron políticas de reapropiación de las experiencias de los movimientos a partir de su articulación con las instancias estatales.

Los movimientos sociales que agruparon a trabajadores y trabajadoras desocupadas, ante las últimas transformaciones económicas y políticas, cedieron en parte protagonismo y movilización en el escenario político de Argentina. Empero, sin dudas, dejaron una huella y un legado que aun inciden en el Estado y en los gobiernos. “Sea como fuere lo territorial constituye (...) una dimensión central de construcción social y política; asimismo el fomento (o la apropiación) de estas experiencias se establece como un eje importante de desarrollo” (Maneiro, 2012: 321).

Al hacer hincapié en la politicidad de las y los sujetos a nivel colectivo, es preciso atender a los procesos de conformación y no tanto al resultado de estos procesos. Dicho de otra manera, no se entiende aquí por subjetivación a la constitución de sujetos aislados, o lo que es lo mismo, subjetividades individualizadas, se busca aprehender el proceso mediante el cual tienen lugar subjetividades política y colectivamente instituidas.

La experiencia se presenta como proceso -la experimentación-, como relación entre ser social y conciencia social y como punto de inflexión del surgimiento y la conformación de las subjetividades. En este sentido, la experiencia designa la incorporación o asimilación subjetiva de una condición material o real que incluye ya un principio o un embrión de conciencia “la disposición a comportarse como clase”. Es decir, todo proceso de subjetivación pasa por un conjunto de experiencias que se entrecruzan entre espontaneidad y conciencia.

Trabajo social, Movimientos Sociales, y Territorio

Al analizar la relación del Trabajo Social y Movimientos Sociales en el territorio, habrá que hacerlo en clave que la direccionalidad del proceso tradicional instituido por el Estado se invierte: ahora la sociedad civil adquiere protagonismo exigiendo la dialectización de la relación. El ejercicio de la práctica profesional tradicional se problematiza, al mismo tiempo que la sitúa frente a la trama que define las singularidades de su intervención.

(...) estos rasgos distintos, no supone comprender la relación entre Movimientos Sociales y Trabajo Social. En contraposición a la intervención profesional en el Estado: vale decir “un trabajo social con los movimientos” y un trabajo social en las instituciones estatales” sino desentrañar los elementos constitutivos de esta experiencia profesional (...) (Mamblona y Redondi, 2011: 75).

Desde el Trabajo Social se realizan múltiples experiencias, hay profesionales que desarrollan su intervención promoviendo y siendo parte de movimientos sociales, también instituciones que contienen propuestas desde el Trabajo Social, existen prácticas académicas -investigación, extensión- desde espacios de formación universitaria. En fin, desde distintos espacios se vincula nuestra profesión a ellos. Muchas son las experiencias que se están desarrollando, pero no es muy explorada teóricamente la relación movimientos sociales y Trabajo Social, a pesar de existir una vasta producción teórica y prácticas profesionales desde el Trabajo Social.

Si desde el Trabajo Social se interviene en lo material objetivo y subjetivo; es interesante poder ver cómo se articula un intercambio en un proceso de trabajo desde la profesión con demandas colectivas desde un movimiento social. Pensar la politización de la práctica, me implica retomar el significado del Trabajo Social en la división socio-técnica del trabajo colectivo que se constituye a partir de la demanda por la prestación de servicios sociales y desarrollando una actividad educativa -o político-ideológica-, interviniendo estas en la reproducción social -material e ideológica- de la vida de las clases subalternas. Desde la perspectiva de análisis que considera la cuestión social como expresión de la contradicción entre capital y trabajo, destaco tres características en el orden objetivo; es producto del modo de producción capitalista; supone una tendencia total que afecta de manera particular y diferenciada a distintos sectores de la sociedad; e implica el empobrecimiento de la clase subalternas en relación con el enriquecimiento de las clases dominantes. El aspecto subjetivo, en tanto, es consecuencia de la movilización y reivindicaciones de distintos sectores y fracciones que suponen el pasaje de una “clase en-si a para-si”.

La acción profesional acrítica, despolitizada y deshistorizada, se convierte en prácticas tecnocráticas -muchas veces no asumidas consciente y críticamente -que potencian el individualismo pragmático. Esto también tiene su expresión en una discursividad de supuesta neutralidad y objetividad científica de la acción profesional, como si el poder no estuviese presente en ninguna de las acciones o los espacios en los cuales se desarrolla la vida social. Sin embargo, existe una contra-tendencia de práctica profesional que intenta articular con las clases subalternas, en escenarios donde asumen un protagonismo activo y se constituyen como sujetos políticos.

Desde la tendencia Histórica Crítica se considera que el proyecto ético político no es una "invención académica arbitraria", mucho menos una "moda" o receta que vendría a resolver los históricos dilemas de la profesión. Antes que eso, es una tentativa colectiva por construir un proyecto profesional comprometido e inspirado ética y políticamente en los valores emancipatorios que portan las luchas sociales de las clases subalternas: un proyecto colectivo capaz de incidir y dar una dirección social alternativa al mandato tradicional conservador del quehacer profesional (Marros, 2013).

Voy a colocar ejes centrales respecto del ser y quehacer del Trabajo Social, en tanto praxis socio-ético-política, a partir de los planteamientos de Gramsci. Reconociendo que el autor las utilizó en otro contexto histórico, actualmente existe un colectivo profesional que tácita o manifiestamente se propone una direccionalidad política, basada en un proyecto emancipador. Desde la perspectiva gramsciana el sentido común es la acumulación de conocimiento que se da por sentado y se encuentra en toda comunidad humana. En cualquier tiempo y espacio dados, esta acumulación brinda un conjunto heterogéneo de certezas asumidas que estructuran la cotidianidad básica dentro de las cuales los seres humanos se socializan y trazan el curso de sus vidas.

Como seres humanos tenemos la necesidad básica de sentir que entendemos el mundo que habitamos. Todos y todas nosotras quien quiera que seamos y donde quiera que vivamos, nos mantenemos en un proceso permanente de darle sentido a la realidad cotidiana que afrontamos. La mayor parte del tiempo, no pensamos demasiado conscientemente al respecto: sentimos que conocemos el mundo o los mundos que habitamos y que somos capaces, relativamente sin pensar, de vincular lo que nos ocurre con nuestro relato preexistente sobre cómo son las cosas. Podemos atravesar distintos sentimientos, felicidad, angustia, euforia resignación ante lo que percibimos como realidad, pero, en general tendemos a asumir que sabemos navegar a través de ella.

La naturalización del sentido común, no solo preocupa por los “sistemas de pensamiento” elaborados y coherentes, sino por las manifestaciones dispersas y auto-contradictorias que conforman el sentido común, en el que anidan formas de pensar de los más disímiles orígenes, incoherentes y desarticuladas, aun en la mente del mismo ser. Un grupo social que aspira a constituirse en hegemónico debe luchar por superar al sentido común, desarticular el “conformismo”, la “naturalización” de la realidad existente y dar lugar a una nueva filosofía. Gramsci se pregunta por los procesos mediante los cuales las masas llegan a vivir la unidad entre la teoría y la praxis, en el entendimiento de que los contenidos del sentido común contienen una concepción del mundo, aunque no elaborada de modo consciente y crítico.

El sentido común es también un lugar donde se encuentran las semillas de una nueva concepción de mundo, un relato de la realidad con el poder de desafiar la hegemonía existente. Quienes trabajan por generar transformaciones sociales, necesitan considerar todo rastro de tales conceptualizaciones subalternas del mundo por más tosca que pueda parecer.

El sentido común si contiene sabiduría crítica -núcleos de buen sentido- pero esta es embrionaria y llega recubierta de una masa de creencias que son cualquier cosa menos buen sentido. Se podría decir que, para Gramsci, el sentido común es un nudo multifacético y entrelazado de, por un lado, visión clara (buen sentido) que no se deja engañar por la sofistería de los vendedores de humo; pero por otro, de miopía ciega aferrada defensivamente a lo cómodo, a lo familiar. El sentido como es común y como tal es crudamente neófobo y conservador. Pero el sentido común es mucho más que eso, sus pequeñas perlas de buen sentido también reflejan el espíritu creativo del pueblo. Aquellos en busca de una genuina transformación social deben comenzar con dichas perlas.

Siempre existe un conformismo, un sentido de la “normalidad” de lo que siempre fue, y el sentido común expresa este conformismo. Los intelectuales que devienen “dirigentes” pueden reorientar el sentido común en un sentido anticonformista y

transformador, desarrollando los “núcleos de buen sentido” que aquél alberga. Advierten sobre la heterogeneidad del sentido común.

Así, entonces, si en el discurso de los y las profesionales del Trabajo Social opera el sentido común como cemento articulador de su acción, con ello se está contribuyendo a la mantención de las formas de dominación de la clase fundamental. La superación de la “filosofía espontánea” y el sentido común, son momentos configurativos de la lucha contra-hegemónica.

¿De qué manera puede contribuir el Trabajo Social al desarrollo de tal proceso? Si bien la respuesta no resulta sencilla: el mismo proceso propuesto para el Trabajo Social, es decir, su acercamiento al “sano sentido común”, resulta también útil para las y los sujetos que afrontan las desigualdades sociales. Al igual que los y las trabajadoras sociales, la población que padece las problemáticas sociales posee un “sano sentido común”. Cuando el trabajador y la trabajadora social se dirigen a los núcleos de buen sentido, las personas se sentirán alentadas en su respectivo pensar y actuar.

El enfoque que visualiza al “sano sentido común” como potencial de desarrollo, constituye en términos gramscianos un proceso de transición llamado catarsis. El mismo, hace referencia al proceso decisivo en la construcción de la subjetividad, el paso de una situación de subordinación a otra de actividad transformadora por parte de las clases subalternas. La clase que pasa del plano económico-corporativo al ético-político comienza a disputar poder, a romper su subordinación y a cobrar iniciativa histórica.

El término “catarsis” indica el paso del momento meramente económico -o egoísta-pasional- al momento ético-político, esto es, la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia del ser humano. Significa el paso de lo “objetivo a lo subjetivo” y de la necesidad a la libertad. La estructura de fuerza exterior que avasalla al ser humano, lo asimila, lo hace pasivo, se transforma en medio de la libertad, en instrumento para crear una nueva forma ético-política, en origen de nuevas iniciativas. El afianzamiento del momento catártico deviene así en el punto de partida de toda la filosofía de la praxis (Gramsci, 2014).

La superación del “momento” económico-corporativo significa, entonces, la posibilidad de ir más allá de los intereses económicos inmediatos por parte de una clase, el ubicarse en un plano político cultural más amplio. Así, se desarrolla la capacidad de establecer alianzas, compromisos, negociar, hacer acuerdos, en función de que adquiere conciencia plena del proyecto societario al cual se adhiere desplegado en un plano no sólo económico sino también político y cultural (Campione, 2000).

El desarrollo de un Trabajo Social inspirado por la teoría de Gramsci, depende aún de muchas reflexiones más. Pero, por el momento, resulta claro que un Trabajo Social que pretende contribuir a la activación de los momentos catárticos tiene que enfocarse en el desarrollo del “sano sentido común”. Dirigirse a él no significa que el Trabajo Social pueda garantizar la activación de los momentos catárticos, pero sí crea las condiciones necesarias para ello.

Si esto lo llevamos al campo del Trabajo Social, resulta bastante pertinente la concepción gramsciana, por cuanto el trabajador o trabajadora social tiene un ámbito de acción práctica tan amplio que muy pocas profesiones cuentan con esa polivalencia y, por lo mismo, interactúa en una complejidad social que permite develar las diversas contradicciones que se presentan en la realidad social -material e intersubjetiva-. En la práctica cotidiana, está en gran medida la esencia disciplinaria y pragmática del Trabajo Social, que lo constituye como un actor privilegiado en espacios sociales diversos pero,

sin embargo, no siempre queda claro que dicha acción contribuya plenamente a la organización de las clases subalternas, que permitan elevar sus niveles de conciencia para la emancipación y verdadera transformación de las estructuras de dominación.

Los elementos anteriores nos permiten ahora regresar a la problemática del análisis político de los movimientos sociales a partir de Gramsci. Lo primero que podríamos afirmar con base en lo dicho es que los movimientos sociales deben analizarse en tanto movimientos políticos, siempre y cuando nos basemos en una comprensión amplia de la política.

Esto es lo importante, porque toman parte e influyen en esa relación global entre clases dominantes y clases subalternas. El carácter político de los movimientos sociales no deriva solo de sus objetivos o formas de organización, sino también del hecho de que forman parte de lo que Gramsci denominaba como “irrupción organizada y consciente de las masas en la política”, es decir, de la organización de la producción y reproducción de la sociedad en su conjunto.

En este sentido, los movimientos sociales forman parte del ámbito donde las y los sujetos sociales se constituyen como sujetos políticos, esto es, donde se organizan y llegan a acuerdos para defender y fomentar sus propios intereses en forma de proyectos políticos y culturales. Aunque en el caso de los movimientos sociales estos proyectos tienen un alcance y unos objetivos a menudo restringidos al ámbito local o con respecto a problemáticas limitadas, se trata de un fenómeno político porque implica una reivindicación de la participación en la organización de la vida colectiva. Comprender los movimientos sociales como parte de la sociedad civil significa, en clave Gramsciana, comprenderlos al mismo tiempo como parte del Estado ampliado, esto es, como parte de un contexto de dominación y de dirección.

Es central en el contexto actual que el Trabajo Social preste atención al poder de presión que ejercen los movimientos políticos de las clases subalternas sobre las instituciones, lo que se traduce, muchas veces, en modificaciones operadas en las estrategias, programas y servicios establecidos por las mismas.

Comprender la configuración del Territorio es la tarea

He tratado de aportar a la comprensión del territorio como una construcción social que, al mismo tiempo, es objeto configurado y objeto de representación, apropiación, organización, construcción, reproducción y transformación de las clases sociales. Esa construcción no puede entenderse parcialmente. Conocer y comprender su proceso y dinámica, requiere un acercamiento a su multidimensionalidad, que articule lo natural -transformado-, lo social -como relaciones sociales que en su desarrollo definen y se relacionan con lo natural-, lo económico -ordenamiento y apropiación económica-, y lo político -configuración, organización, representación, apropiación, reproducción y transformación a partir del ejercicio de poder-. Todas estas dimensiones nos acercan a conocer desde dónde el ser humano construye el territorio.

Es interesante analizar su configuración como un punto de partida para continuar esta búsqueda por entenderlo y profundizar el debate sobre una categoría que, sin duda, presenta una importancia de primer orden para el entendimiento del proceso social que se desarrolla en contextos latinoamericanos, así como para el impulso de estrategias de intervención coherentes con las dinámicas territoriales.

Al territorio es necesario observarlo también como escenario propicio y permanente en la lógica de intervención de las políticas sociales. El territorio fue el escenario de las luchas de clases en los diversos momentos de la historia. Estructuró configuraciones sociales, lógicas colectivas y organizacionales diversas según los distintos contextos regionales. En este marco de lo territorial, también se encuentran procesos donde la intervención del Estado asume características que obligan a una administración de “escasos recursos”, desarticulados entre sí. Las instituciones son “nexos mediadores” en la implementación de programas sociales, vinculando su supervivencia al acto de la “entrega” del recurso.

Los distintos espacios socio-ocupacionales de la SENAF Río Negro presentan serias dificultades para poder ubicarse en un contexto más amplio que el de sus propias oficinas. Han sido devastadas por la precarización laboral, por la sub-ejecución del presupuesto y algunos casos enfrentan una crisis de legitimidad material y social. La ejecución de políticas sociales en los barrios es de superposición y desarrollo de acciones desarticuladas, sus características son de progresivo aislamiento, inestabilidad de su personal, reducida asignación presupuestaria, bajo impacto de los servicios, lugar marginal, improvisación, funcionamiento centrado en la asistencia y asistencialismo a partir de la judicialización de la pobreza, desaliento de la recepción de las demandas espontáneas y colectivas. Su rol se limita, básicamente, a atender los emergentes, trabajando sobre “diagnósticos” imprecisos.

Ante este panorama, es necesario preocuparse, perder la calma, salir del “lugar del confort”. Quienes no se atrevan, no van a poder construir tácticas y estrategias que les permitan movilizarse de su pasividad y su quietud. Hasta pueden construir discursos ideológicos, pero no conocimiento; armarán discursos que lo reafirmen en sus prejuicios y estereotipos, en lo rutinario, y en lo que cree verdadero, sin cuestionarlo.

Esto se expresa desconociendo o minimizando los saberes de las clases subalternas, tanto a nivel individual como colectivo, y materializando una forma de trabajo con las personas que es propia de las prácticas de dominación. En ella, los y las profesionales, en representación de las estructuras de poder -que además representan la hegemonía del Estado- imponen o convencen a los sujetos de que son responsables de las desigualdades sociales que se expresan como situaciones problemáticas.

Así, entonces, los y las trabajadoras sociales nos encontramos ante un dilema, que en la práctica se traduce en una negación de “sí mismo” y de, otras, otros sujetos, sin lograr trascender esa situación, lo cual plantea no solo un problema de carácter epistemológico, sino además filosófico y ético-político, que sería otra contradicción, ya que nos transformamos en cómplices de la dominación que denunciamos.

Entonces, esta otra contradicción se presenta como un problema ético-político que, en la práctica cotidiana de la acción profesional, impide la búsqueda y visibilización de las contradicciones generadas por las condiciones sociales, económicas, políticas e históricas en las cuales nos situamos. No resulta fácil develar las diferentes formas de luchas por la hegemonía, de las cuales formamos parte en tanto intelectuales orgánicos o instrumentos de la clase dirigente. Más aún, nos resulta difícil comprender, interpretar y aceptar las luchas de resistencia contra-hegemónicas de las clases subalternas con los cuales interactuamos, lo que implica no solo no reconocerlas, sino invisibilizar a las y los sujetos que se organizan y se movilizan, incluso para que surjan políticas sociales, que generarían espacios socio-ocupacionales.

Cuando se logran identificar en los territorios prácticas sociales de las clases subalternas, manifestaciones de resistencia o de protesta contra lo establecido, se las etiqueta como de “mal agradecidos” con la institución. Aparecen los discursos hegemónicos de dominación, la dominación elitista y clasista. Tal vez, lo más evidente es la hegemonía del mercado, que podría servir de sustento filosófico a otras, como la hegemonía instrumentalista de las acciones profesionales, sustentada por la naturalización de las desigualdades.

Todo esto, se manifiesta en un pragmatismo que busca como fin único y último el resultado inmediato, pretendiendo dejar satisfechos a funcionarios que en el momento detentan una cuota de poder, por sobre las necesidades sentidas de las clases subalternas. Por lo tanto, con los “objetos” de intervención se desarrolla una acción voluntariosa, a veces caritativa. Es preciso valorar las experiencias orientadas a reconocer a la población con la cual trabajamos como un sujeto político y ontológicamente existente, capaz de transformarse individual y colectivamente en protagonista de su historia.

La dimensión política como búsqueda de emancipación.

No me cabe duda que el Trabajo Social, para que se fortalezca disciplinariamente y, a la vez, se distinga de otras disciplinas de las ciencias sociales, debe constituirse cotidiana e históricamente en la dialéctica teoría-práctica. Teniendo como referencia el principio marxiano “los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo”, sostengo y reafirmo que una parte importante de trabajadores y trabajadoras sociales hemos dado pasos importantes en la acción práctica, con un horizonte signado por la transformación societal.

Aun así creo necesario que esas búsquedas de transformación -en tanto dialéctica teoría y práctica- deban ir redefiniéndose y replanteándose a la luz de los cambios que la propia realidad va mostrando, en la acción desarrollada por los diversos y nuevos escenarios. Es necesaria una permanente y profunda reflexión que problematice la dimensión política en relación con las distintas formas de organización de las clases subalternas y los compromisos políticos que se asumen en el proceso de práctica profesional. Emancipación/dominación es una de las contradicciones implícitas en dicha acción, que es necesario develar constantemente y enfrentar colectivamente.

Probablemente, muchas de las acciones quedan atrapadas o cegadas por las distintas formas de control y dominación tecno-burocráticas que ejercen e imponen las clases dominantes por medio de las diversas estructuras administrativas que implementan las políticas sociales. Los y las trabajadoras sociales se configuran, muchas veces sin ser conscientes de ello, en intelectuales orgánicos de la clase hegemónica, cumpliendo una función de operador, administrador de los “escasos recursos” y clasificador de niveles de exclusión, manifiesta en las diferentes condiciones objetivas y subjetivas de las clases subalternas, para luego aplicar, según dicha clasificación, el control de la vida cotidiana de las mismas.

Los “ideólogos” de las clases dominantes, especialmente su segmento más conservador, buscan imponer la idea de que los actuales tiempos son “lo posible” a realizar históricamente; trabajan constantemente para reducir, para contener e inhibir el horizonte de la emancipación humana. Por esto, la responsabilidad histórica de

ofrecer respuestas socio-políticas superadoras en estos tiempos, cada vez más recae sobre las fuerzas que luchan por una auténtica emancipación humana. Enfrentar las actuales interpelaciones societarias, ciertamente, es un desafío gigantesco.

El dilema fundamental que enfrenta el proyecto profesional crítico tiene que ver con el tipo de respuesta que el mismo pueda elaborar ante la actual tendencia de su demanda socio-histórica hacia la contención y administración de la deshumanización contemporánea, entendida como la configuración actual de la llamada “cuestión social”.

Otro desafío importante es comprender la centralidad de la actual situación de nuestra profesión, en los marcos de la crisis que afectan a las clases subalternas en la periferia latinoamericana. Allí deben buscarse las raíces de las actuales determinaciones históricas que pesan sobre nuestra actividad asalariada. El análisis del avance de las tendencias que definen el perfil de los y las trabajadoras de “lo social”, el tipo de profesional que se demanda en el mercado de trabajo, los contenidos del proceso de formación profesional, así como los fundamentos y principios que actualmente soportan sus formas de organización política. Con escasas certezas sobre el éxito de nuestras búsquedas, solo nos tranquilizará saber que el proceso es infinitamente más rico que el resultado.

Por otro lado, entiendo que en la última década hay un importante desarrollo de trabajos de investigación que se materializan en tesis y publicaciones desde la articulación del Trabajo Social con la Teoría Social Marxista, sobre todo desde la perspectiva de Lukács. Siguiendo a Coutinho (2013), considero de suma importancia avanzar en la complementariedad entre los vastos e importantes desarrollos de Lukács y Gramsci, en el debate del Trabajo Social crítico, independientemente de sus discrepancias, hacia algunas de las cuales me aproximaré a continuación. Ambos se exigen en superar sus pasiones idealistas en busca de un fundamento materialista y dialéctico adecuado para sus reflexiones. Tanto Lukács como Gramsci tratan varias esferas del ser social, entre las que se destacan la filosofía, la política y el arte.

(...) en efecto, en sus conceptos principales, sobre todo en aquellos que se refieren a la esfera de la política, Gramsci articula de manera adecuada las categorías de teleología y causalidad, de universalidad y particularidad, de libertad y determinismo, en un sentido muy cercano al que Lukács formulara en sus obras ontológicas de su vejez. (Coutinho, 2013:191).

Reafirmo la importancia de los usos de Gramsci en la dimensión política del Trabajo Social. Mientras Gramsci elabora conceptos fundamentales sobre el terreno de lo que él llama “ciencia política de la filosofía de la praxis”, Lukács desarrolla y sistematiza preferentemente las categorías estéticas del marxismo. Dirá Coutinho (2013):

“no hay, en toda la obra marxista de Lukács una disertación teórica satisfactoria de la especificidad de la política en cuanto esfera relativamente autónoma del ser social”. La preocupación de Lukács hacia la política, oscila sobre el plano teórico entre dos posiciones igualmente problemáticas: “1) o la política es tratada a un nivel de abstracción que la vació de su especificidad concreta

(...) 2) o se limita a proclamar una admiración acrítica por la personalidad y la obra de Lenin” (Couthino, 2013: 192).

Para Coutinho, Gramsci, por el contrario, elaboró una auténtica ontología materialista y dialéctica de la praxis política:

En los Cuadernos tenemos una crítica ontológica de la política que, en sus resultados teóricos, realiza las indicaciones metodológicas de la “crítica de la economía política” marxiana (...) o sea, la disertación de los fenómenos particulares a partir del punto de vista de la totalidad y de la historicidad. De esto resulta en Gramsci un rico aparato categorial, que parte de Lenin, pero va más allá de él, aparato indispensable por la comprensión marxista de la política; basta con recordar que Gramsci elabora una nueva teoría del Estado y la revolución, los conceptos de hegemonía y sociedad civil, (...) de movimiento y guerra de posición, de voluntad colectiva, de revolución pasiva... (Coutinho, 2013: 195)

Al inverso, las interesantes observaciones de Gramsci sobre arte y literatura, tampoco se acercan a la riqueza categorial con la que Lukács trata las cuestiones de la estética.

Lukacs y Gramsci son sin discusión parte esencial de aquel patrimonio que forma el punto de partida por un renacimiento del marxismo. Estas anotaciones habrán alcanzado su objetivo si pueden convencer al lector que no se trata de elegir entre Gramsci o Lukács, pero –sin olvidar sus divergencias– de intentar ubicar los puntos de convergencia que nos permitan superar los límites de ambos a través de una integración dialéctica entre sus puntos fuertes, que son muchos (Coutinho, 203: 2013).

Seguramente hay un camino interesante a recorrer en este debate que, sin dudas, puede aportarnos en nuestras b, en nuestras hipótesis y en el fortalecimiento de la dimensión ética-política del Trabajo Social. Nuevas investigaciones pueden permitirnos profundizar estas discusiones.

Bibliografía:

- CAMPIONE, D. (2000) “Algunos términos utilizado por Gramsci”, Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas.
- COUTINHO C. N. (2013), “Lukács y Gramsci: un análisis comparativo”, en “Horizontes Gramscianos”, Modonesi, (compilador) México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM
- HARVEY, D. (2009) en “El ‘nuevo’ imperialismo: acumulación por Desposesión”, en Coyuntura Actual, Latinoamericana y Mundial: tendencias y movimientos, Elisabeth Borgianni Carlos Montaña (orgs.).

- HARVEY, D. (1998) "La condición de la posmodernidad" Investigación sobre los orígenes del cambio cultural. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- GALAFASSI, G. (2012) "Entre viejos y nuevos cercamientos. La acumulación originaria y las políticas de extracción de recursos y ocupación del territorio" Buenos Aires: Revista Theomai-Estudios sobre Sociedad y Desarrollo, nro. 26
- GRAMSCI, A. (2014), Antonio Gramsci, Antología Volumen 1, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- MANEIRO M. (2012), "De Encuentros y Desencuentros. Estado, Gobierno y Movimientos de trabajadores Desocupados". Buenos Aires: Biblos.
- MAMBLONA, C.; REDONDI, V. (2011): "Movimientos Sociales y Trabajo Social: en la necesidad de fortalecer un diálogo crítico". Editado por la Carrera de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- MARRO, K. (2013), "Reflexiones para una comprensión histórico-crítica del movimiento social en sus múltiples dimensiones". Publicado en Cátedra Libre Marxismo y Trabajo Social, recuperado en www.catedralibrets.org.
- MARX, K (2014), El Capital tomo I, XXVII, Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- MERKLEN D. (2010), "Pobres ciudadanos. Las clases populares en la Era Democrática" (Argentina, 1983-2003), Buenos Aires Gorla.
- NETTO, J. P. (2003), Capitalismo monopolista y Servicio Social. São Paulo, Cortez.
- NUÑEZ A., CIUFFOLINI M. (2011) "Políticas y Territorialidad en Tres Ciudades Argentinas", Buenos Aires: El Colectivo.
- STRATTA, F., BARRERA (2009), "El Tizón encendido", Buenos Aires: El Colectivo.
- VIVIERO ARRIAGADA L., (2017) "Trabajo Social entre el sentido común, hegemonía y praxis: Un análisis basado en Gramsci", Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, vol. 15, núm. 1, enero junio, 2017, 547-563 Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud Manizales, Colombia.